

**Virgo Ther. dirigat mentes et manus.
Deus autem benedicat e illuminet.**

P. PP. IX

(Pío IX al Director y Redactores de esta Revista en 15 de febrero de 1875)

Oremus pro Pontifice nostro Pio.

FE DE SANTA TERESA DE JESÚS

XII

Fe viva, que hace alcanzar las cosas
grandiosas de Dios.

(Santa Teresa de Jesús)

Abundan hoy sobremanera los impíos, indiferentes, ateos y herejes, de suerte que parece estamos en los últimos tiempos en que dijo el Señor que apenas habría fe. No podréis salir a la calle sin topar con algunos de estos miserables. Mas, ¿de dónde proviene tamaña desgracia? ¿Cómo impedir que estas almas pierdan la fe y con ella el último refuerzo para salvarse? ¿Orque no sólo hemos de orar y compadecer a los herejes, sino trabajar paa que las almas no lleguen a esa desgracia.

¿Cómo se abandona el templo de la fe? ¿Cuál es la causa de que tantos fieles hijos se alejen de la casa de su Padre y malgasten en la disipación y el vicio los tesoros de la gracia de Dios? No lo dudamos afirmar: la causa principal es el ser rebeldes a la luz de la fe, el hacer que las obras estén en contradicción y pugna con lo que creemos. En el momento que las pasiones se levantan en el alma, una voz secreta condena sus desmanes;; esta voz es la de la recta conciencia ilustrada por la fe. Si el alma oye esta voz que la reprende, se enmienda; pero si se obstina en seguir la voz de las pasiones, pronto se ve forzada a callar la voz de la fe. Ésta es la historia de todos los herejes y de todas las herejías. La gran herejía protestante, que tantos estragos ha causado en la Iglesia, en Francia fue obra de la novedad, dice un sabio escritor; en Alemania, del interés, y en Inglaterra, del amor. Por algo también se dijo que no hay hereje sin mujer, para significarnos que de la corrupción del corazón nace siempre la pérdida de la fe.

Para entrar el alma en el mundo de la fe le basta una virtud, la humildad; mas para salirse de él tiene infinitos senderos: cuantos son los vicios que pueden dominar en el corazón humano, tantos son los portillos por los cuales el alma puede perder la fe. En último resultado no son otra cosa que hijos bastardos de aquellas tres concupiscencias de que habla San Juan: concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida.

Si bien es verdad que no todos los pecados ni todos los vicios directamente se oponen a la virtud santa de la fe, no obstante, todos más o menos la lastiman, la enturbian y la enflaquecen. Es verdad que los vapores que se levantan de lago cenagoso, no siempre son tan densos que nos priven de la luz del sol, pero siempre sucede que la atmósfera pierde parte de su pureza y diafanidad, y tantos y tan densos pueden llegar a ser, que poco a poco logren por fin que ande el alma a tientas sin luz ni guía, tropezando y cayendo en el abismo de perdición.

Como hoy día apenas hay corazón que no esté más o menos corrompido, de ahí que apenas se halla quien tenga esa verdadera y viva fe.

Orar, pues, y trabajar para que las almas conserven su pureza de costumbres es contribuir eficazmente a que no hagan naufragio en la fe. San Pablo señalaba la misma causa. Perdieron la fe, porque perdieron la buena conciencia. Y la seráfica Doctora daba también por causa de la perdición de los protestantes el no amar a Jesucristo. Trabajemos, pues, para conservar en nuestro corazón la fe viva, adornada de buenas obras; que sea fe que salga de un corazón puro y de una conciencia recta, y entonces en la presencia del Señor tendrán doble fuerza nuestras oraciones por la conversión de nuestros hermanos, tendrán doble eficacia nuestros consejos y nuestro ejemplo, probando con nuestra conducta que en verdad es divina una fe y una religión que así logra triunfar de las resistencias del corazón humano, sujetando nuestro entendimiento y nuestro corazón a a sus divinas enseñanzas. - E. de O.

DESDE LA SOLEDAD

Peregrinación preparatoria a la cuna y sepulcro Santa Teresa de Jesús en junio y julio.

Vemos con dolor que las peregrinaciones a los santuarios más famosos de España van tropezando con no pocas dificultades que por de pronto aparecen como insuperables. Habrá las mismas dificultades cuando del 18 al 20 de agosto haya de realizarse la peregrinación nacional a la cuna y sepulcro de la Santa de nuestro corazón, la gran Compatrona de las Españas y sin par Heroína, milagro de su sexo, Teresa de Jesús? ... No lo esperamos. La Santa, que va recobrando la fama de *abogada de imposibles*, y Jesús, tratándose de la honra de su Teresa, que al fin es la suya propia, cuidarán de allanarlas mejor que nuestra insuficiencia. Mas entre tanto me ha ocurrido una idea que, valga lo que valiere, confío a la aprobación de mis queridos amigos amantes teresianos, que tal vez ha de influir no poco en la consecución de nuestro plan. Y es que durante el mes de junio y julio hagamos una romería espiritual a la cuna y sepulcro de nuestra seráfica Doctora en los mismos días y practicando algunos actos de los que hemos de hacer después.

Sea, pues, el 22 de estos dos meses nuestra llegada a Ávila, visitando luego la iglesia y la capillita, la cual según tradición fue antes la habitación en que nació nuestra Santa. Oremos allí, y comulguemos espiritualmente, pidiendo al Señor Jesús por intercesión de su Teresa nos conceda la gracia de la perseverancia en el amor y servicio de Dios. – Día 23. Visita a la iglesia y convento de la Encarnación, donde la Santa recibió los más regalados favores en los 28 y más años que la habitó. Aquí fue visitada por Jesús muchas veces con apariciones y hablas divinas; aquí le declaró que su honra era la de Teresa, que se llamaba Jesús de Teresa, que le hacía entrega de todos sus méritos, etc., etc. Aquí fue visitada por San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, y transverberado por el Serafín varias veces su corazón. Entrando, pues, con gran recogimiento en la magnífica capilla en que se oyó varias veces una voz que decía: *La tierra que pisas es santa*, oremos y comulguemos con gran fervor. Nuestra petición sea que nuestro corazón logre ser traspasado con dardo divino, que consuma toda la escoria de nuestra imperfección, y comulguemos siempre dignamente viviendo y muriendo vida de amor. – Día 24. Visita a la primera iglesia de la reforma, bajo la advocación de San José. Antes de entrar saludemos al Santo bendito que guarda la puerta con un hermoso Niño Jesús que lleva de la mano. Oigamos Misa y comulguemos en espíritu, pidiendo gracia especial para todas las obras que se han empezado bajo el nombre de Teresa de Jesús. Pidamos de un modo especial por sus hijas que moran en el claustro, por su queridísima Compañía destinada a regenerar el mundo por el Apostolado de la oración y de la enseñanza, por su Archicofradía, Rebañito y Escuelas dominicales, y por los sacerdotes y demás teresianos.

El 26, 27 y 28 trasladémonos a Alba de Tormes, haciendo un triduo en acción y petición de gracias delante del cuerpo y corazón de la seráfica Madre. Estos tres días deben ser de silencio y de oración, de amor y efusiones íntimas del corazón. *Jesús y su Teresa y mi alma*. Y nada más. Vida de amor hemos de pedir, muerte de amor divino hemos de obtener al despedirnos de allí. Cabe el corazón transverberado y espinado de la Santa de nuestro corazón, no se ha de hablar otro lenguaje que el del amor, ni pedir, ni desear, ni pensar, ni suspirar por otra cosa que por el amor de Jesús y su Teresa. Pedir amor, luz para tantas almas, para tantos corazones que viven en la sombra de la muerte, en los hielos del desamor. Y este amor avivará más y más la llama del amor divino, que nos transforma en otros amadores; y el celo del amor de Dios, el celo por los intereses de Jesús y su Teresa, será el fruto más copioso que recogeremos de esta espiritual romería, y la mejor preparación para que se aumente cuando la verifiquemos realmente.

¡Oh hermanos queridos!, si sólo de pensar en la dicha de ver el corazón de la Santa de nuestro corazón, ya palpita y se dilata e inflama nuestro corazón frío, qué hará cuando esté cerquita del corazón real del Serafín del Carmelo? Allí os espera en espíritu en estos días en junio y julio, y en la realidad en el mes de agosto, vuestro hermano, pues dado el caso de que en ningún modo pudiera hacerse esta visita con carácter de romería a la cuna y sepulcro de nuestra Santa, nadie puede privarnos del derecho de visitarla. Los gastos del viaje, ida y vuelta, aunque no haya rebaja, no pasarán de 25 ó 30 duros. Si no en peregrinación, en visita, pues, espiritual primero y personal más tarde os espera en Ávila y Alba de Tormes vuestro mejor amigo y teresiano compañero.

El Solitario

LA OBRA DE LA MAYOR GLORIA DE DIOS,

**o sea la Obra de las vocaciones eclesiásticas bajo la protección
de San José y Santa Teresa de Jesús.**

IV

Uno de los medios que más eficazmente han de ayudar al desarrollo de las vocaciones eclesiásticas, es el procurar que los niños frecuenten escuelas católicas. Se necesita un milagro continuo o poco menos para que un niño se conserve en los buenos sentimientos e ideas que un celoso sacerdote o padres cristianos han cuidado de inspirarle frecuentando escuelas ateas o indiferentes. Un maestro que tiene el ascendiente de la edad, autoridad y castigos, siempre obra eficazmente en el corazón tierno de la niñez; y es muy difícil, por no decir imposible, librarse o no ser dominado de su influencia. Por eso la Revolución mansa y la Revolución franca tienen escrito en su programa: "Enseñanza laical, gratuita y obligatoria", para alejar mejor del sacerdote, de la Iglesia y de Dios a los tiernos niños. Y esto es lo que más llora nuestro amantísimo Padre Pío IX en su célebre alocución consistorial *Luctuosis*, el que parece olvidarse de todos los otros males, para ocuparse con singular atención del que tratamos. "Hemos visto, exclama el inmortal Pontífice, y lo recordamos con el alma despedazada con el más profundo dolor, que se ha quitado a la autoridad y dirección de la Iglesia la enseñanza pública y privada de las letras y de las artes, y se ha confiado la misión de enseñar a hombres de fe sospechosa o enemigos declarados de la Iglesia que no han vacilado en hacer profesión pública de ateísmo". Y, al hacer recuento de todas las maquinaciones de los enemigos de la Iglesia, prosigue el gran Pontífice: "Todo esto se ha reunido con el objeto de corromper a la imprudente juventud, inflamando sus pasiones, y de extirpar de la raíz de su corazón la fe católica".

He ahí, pues, la raíz más profunda del mal presente: las escuelas de perdición. ¿Cómo mejorarlas? Las escuelas pueden ser impedimento o excelente preparación a la vocación eclesiástica, hemos dicho, según estén dirigidas. En primer lugar son gravísimo inconveniente las escuelas de párvulos de ambos sexos, más todavía en nuestros tiempos en que la malicia suple a la edad. Espanta el considerar la herida que reciben en esta edad la inocencia y la pureza de los niños, tiernas y delicadas flores que cualquier airecillo de deshonestidad puede marchitar, ajar y dar muerte. Por más vigilantes que sean los maestros, muchas veces tendrán momentos de libertad los niños, y un momento basta para deshogar la más preciosa flor. Una escuela mixta de párvulos donde no sufra alguna lesión la santa pureza, la tengo por un milagro, decía un sabio escritor. Y por cierto que nadie mejor que el Cura párroco podrá comprender esta verdad. Aún peor es la costumbre de ir a escuelas de maestros las jóvenes de mayor edad, pues muchas veces allí, en lugar de confirmarse en sus buenas costumbres, hallan más segura su perdición. Harán un bien incalculable a la Religión y a la sociedad los padres y cuantos se interesen por evitar estas caídas a la juventud, pues en una edad tan tierna todo son peligros. Salvo algunas y honrosísimas excepciones, es éste un peligro general.

Este peligro es mucho mayor hoy día en que los maestros, por desgracia, no son lo que deben, salvo siempre honrosísimas excepciones.

Dejemos a un lado las ideas extrañas del maestro, los libros, enseñanza y conversaciones y recreaciones que allí se permiten, para fijarnos en dos inconvenientes de suma trascendencia.

No puede menos que ser altamente perjudicial a la buena educación del niño la multitud de ellos. Es imposible que el maestro, aunque esté dotado de mucho celo, pueda vigilar como debe a escuelas numerosas, donde indistintamente acuden niños buenos y perversos. Imposible es que impidan las conversaciones y acciones libres que corrompen las buenas costumbres. Uno o dos niños perversos (y más de dos habrá en una escuela numerosa) bastan para corromper las buenas costumbres de mil. Y una vez así corrompidos los corazones, ¿podrá haber jamás ni la más remota esperanza de que la vocación eclesiástica apunte en el alma del joven? Por esto no vemos que de escuelas corrompidas salgan jóvenes que aspiren al sacerdocio; al contrario, allí se les atizan sus instintos para odiar de muerte al sacerdote, porque se lo representan como el capital enemigo de la verdad, de los adelantos y del bienestar de los pueblos.

El segundo inconveniente, aún mayor que el primero, es el no tener participación la Iglesia en la enseñanza. Hoy todo se quiere secularizar; hasta el mismo Dios, si fuese posible. Queremos la secularización de la enseñanza, gritan todos los impíos y sectarios, ¿con qué fin? Para impedir que los niños vayan a Cristo, que éste es su único afán; éste su último objetivo. Es verdad que no descubren siempre a las claras este perverso intento, pero de todos modos éste es su último fin. Que no sea conocido Jesucristo, que no reine en la conciencia de la juventud, para impedir mejor que reine mañana en la familia y en la sociedad.

Éste es el gran peligro para el mundo actual, y por la enseñanza se ha de conjurar o agravar este mal, el más temible de todos, como veremos en el próximo número, a Dios placiendo.

E. de O.

PEREGRINACIÓN A LA CUNA Y AL SEPULCRO DE SANTA TERESA DE JESÚS

A pesar de algunas dificultades que han surgido de nuevo contra la idea de la peregrinación, confiamos con la ayuda de Jesús y su Teresa desaparecerán.

Por de pronto, el ferrocarril llega hasta el Pedroso, y antes de terminar este verano llegará hasta Salamanca. Ésta, que era una de las más insuperables dificultades, se puede dar ya por vencida. Decíamos que era una de las más graves dificultades, pues, ¿cómo trasladarse los numerosos romeros desde Ávila a Alba de Tormes habiendo un tan largo trayecto? Ahora ya es otra cosa; pues desde Salamanca a Alba se cuentan sólo unas cuatro leguas de magnífica carretera que podrían hacerse a pie como término de la peregrinación.

El teresiano Prelado de Salamanca ofrece hospedaje a todos los sacerdotes que tomen parte en la peregrinación en el Seminario Conciliar de aquella ciudad. Para los otros romeros no faltará tampoco decente hospedaje. En Alba han vuelto a ocupar los hijos de la gran Teresa su lugar cabe el sepulcro de la Santa de nuestro corazón, y sabemos que aquel sabio y virtuoso Obispo se ocupa de la cuestión de hospedaje.

Siempre creemos que el tiempo más oportuno para hacer esta romería nacional a la cuna y sepulcro de la gran Heroína española sería a últimos de agosto, pasando el día 24 en Ávila, aniversario de la fundación del primer convento de la Reforma del Carmelo, y el 27 en Alba de Tormes, fiesta de la Transverberación del corazón de la seráfica Doctora. Como nuestra Revista es mensual, y no podrían llegar las noticias detalladas sobre el particular quizás a tiempo a nuestros lectores, les prevenimos que nos valdremos de los diarios católicos para comunicarles todo lo que ocurra, en especial de la *Revista popular*, dirigida por nuestro muy querido amigo el Dr. Sardá, Pbro.

Por último añadiremos que con el beneplácito del ilustrísimo señor Obispo de Tortosa queda nombrada en esta ciudad una Comisión que entienda en facilitar datos para la Romería Teresiana y como centro con quien puedan entenderse todos los de Cataluña, siendo presidente el ilustre señor canónigo penitenciario D. Jacinto Peñarroya, y auxiliares los reverendos presbíteros D. Enrique de Ossó y D. Mateo Auxachs; dirigiéndose para todo lo que ocurra relativo a la Romería nacional a la cuna y sepulcro de Santa Teresa de Jesús, como secretario, al ilustre señor canónigo D. José Aguiló, en Tortosa.

CARTAS ÍNTIMAS

Reverenda Madre Priora, Sor María Teresa de Jesús, Carmelita Descalza.

Yo no sé, mi buena Madre, como he sabido pasarme sin contestar aún a la estimadísima de V. que, aunque hace algún tiempo recibí, conservo todavía perfectamente en la memoria. ¡Y sin embargo no he contestado aún a ella! Crea V. que esto me desazona tanto que llego casi a enojarme de veras conmigo mismo. ¡Dios mío! Que ello no sea parte para verme privado, como merezco, de sus cartas, tan preciosas para mi alma. Si V. pudiera saber todo el bien que me hacen y qué linaje de consuelo derraman en mi espíritu esas páginas tuyas, estoy seguro de que, compadeciéndose únicamente de mi indolencia como de una enfermedad, no acertaría V. a negar a mi alma tanto bien ni a privar a la suya del mérito de una buena acción.

Calle V. por Dios, mi buena Madre, que yo le aseguro que en adelante he de conseguir estar más satisfecho de mí mismo, escribiéndole a V. con más puntualidad, ya que no con mayor afecto e interés que hasta el presente. Está interesado en ello mi propio bien, y no sabría finalmente comprenderlo? Junto al sepulcro de su Santa Madre Teresa de Jesús, y a la

sombra de su *Corazón* seráfico, quiso el Señor fortificar mi `pobre y frágil corazón con vínculos de amistad, cuyo valer y excelencia no pueden serme desconocidos, mi buena Madre. ¡Así hube de decírselo a V. en Alba de Tormes, al despedirnos, aquella mañana inolvidable en que me fue preciso también decir a *Dios!*, acaso para siempre al bendito sepulcro y corazón espinado del Serafín de Ávila.

¿Y también V., mi buena Madre, ha tenido que separarse de aquella santa y deliciosa morada donde descansa la Amada de su corazón! ¡No, no puede V. imaginarse cuánto me ha hecho pensar esa separación necesariamente dolorosa! He procurado penetrarme de toda la amargura que debió de acompañarla, y se lo diré a V., me pareció una cosa poco menos que insoportable para mi debilidad y miseria. Sin embargo, en su carta de V. fui a buscar, y los encontré, palabras y sentimientos como Dios sabe inspirarlos, que tranquilizasen, no sin avergonzarle y edificarle, este corazón amigo, pero cobarde.

Si hubo de parecerme cosa triste en exceso el despedirnos de aquella santa y dichosa casa donde vivió y murió Teresa de Jesús, y dar el postrer a *Dios* a su venerando sepulcro, y adorar por última vez su bendito corazón e incorrupto brazo, y hacer las últimas encomiendas a aquellas escogidas vírgenes, dignas hijas de su Santa Madre Teresa; si esto era triste para nosotros, no ha tenido que serlo infinitamente más para V.? ¿Para V. que por espacio de tantos años ha tenido la dicha de vivir en ese tan codiciado retiro; que tan de cerca ha sentido las sagradas y misteriosas influencias del generoso espíritu de Teresa; que mañana y tarde se ha embriagado con sus celestiales aromas en aquel sagrado retrete desde donde parecen oírse los latidos de su corazón: que con ella ha tratado en íntimos y no imaginados coloquios las cosas de su espíritu; para V., finalmente, que ha orado, llorado, sentido, amado, palpitado y vivido, casi diría con la misma vida y con los mismos sentimientos, lágrimas, oraciones, amores y latidos de Teresa? ¡Oh! Bendigo yo al Señor que por tan alta y maravillosa manera se digna llevar a sus almas predilectas, guiándolas al parecer por ásperos caminos de desolación, cuando no son sino caminos de seguridad y de paz, llanos senderos de justicia y de verdad que conducen a los campos vestidos de eternal verdura y colmados de inacabables deleites.

Yo ya sé, Rvda. Madre, que en ese nuevo convento se siente y se halla V. perfectamente bien con sus nuevas hijas, porque cumple ahí con gusto y alegría la voluntad del Señor, a quien hace quizás hasta el sacrificio de sus recuerdos; pero, ¿me perdonará V. si voy a significarle ahora, mi buena Madre, cuáles fueron los vivos deseos de mi alma?

Pues yo creí que su barquichuela hubiera podido abordar a estas hermosas orillas del Ebro y que en ellas hubiera desembarcado el rico y abundante cargamento que hizo allá..., allá en el emporio de los tesoros y riquezas teresianas. Dios ha querido que a esa villa le cupiera tanta dicha. ¡Bendito sea siempre el nombre del Señor! ... Ayer tarde fui a visitar las obras de nuestro *Palomarcito*, en donde estaba pensando en esto mismo,, mi buena Madre. Porque, ¿no lo sabe V.? El convento se puede decir que ya está concluido. Hacía bastantes días que yo no había ido por allá, y no me podía figurar estuviese tan adelantado. En muy pocos días podrá acabarse de cubrir uno de los cuatro ángulos que no lo está. Y entonces, que va a ser muy pronto, podremos decir alegres y regocijados que Santa Teresa de Jesús cuenta con un conventito más, bien situado, gracioso, despejado, recogido, hermoso, como nunca hubiéramos podido creer que fuese. Yo casi me temo que acaso no vaya Teresa a enojarse un poquitillo al echar de ver que su convento queda tan bonito, que no parece sino hecho de pasta de alcorza. Una jovencita teresiana decía ayer tarde que no está sino muy contenta la Santa de su nueva casita. Yo así lo creo también, pues tiene dadas hartas pruebas de su agrado y protección. – En el patio interior, que es ciertamente muy ancho, crecen ya flores, naranjos, unos árboles procedentes de América, según nos dijeron, y no sé de dónde más. Han abierto en medio una cisterna donde no faltará agua. En la cocina hace tiempo que han abierto un pozo que surte de agua muy rica y abundante a los trabajadores y a todo el mundo. Subí con mis compañeros al primer piso, paseé los corredores y entré en las salas y celdas. Habrá una veinte concluidas del todo. – Vamos, decía, aquí ya se pudiera albergar toda una comunidad de Carmelitas. No se ría V. si le digo que casi sentía una especie de envidia al hallarme dentro de aquellos solitarios y apartados nidos, donde parece que ya se perciben yo no sé que arrullos y rumores de alas. En una de aquellas tan blancas y hermosas celditas hasta hallamos ya las tablas de lo que será cama de una Religiosa. Desde aquellas ventanas me placía mirar el patio, y a los ángulos, y a las demás ventanas, y al cielo... Y meditaba en el porvenir de aquel convento, bajando luego a mi corazón dulces sentimientos de una paz profunda de una bienhechora y desconocida calma. Los trabajadores se habían ya marchado, el sol se había ido también, y todo iba quedando en silencio. ¡Qué hermosa y deleitable soledad!, pensaba yo mirando desde la ventana de una celda. ¡Qué felicidad ignorada, qué interiores delicias

encontrarán aquí las almas seguidoras de Cristo y enamoradas de Teresa! - El huerto, que podrá ser regado con agua corriente, ciñe por una parte el edificio, y por otra el terreno es montañoso, plantado ahora de algarrobos, donde acaban de sembrarse también semillas de carrasca recogidas por los romeros de Tortosa en los bosques del Vaticano. – Aquí tendrán las Religiosas su *Getsemaní* (decía una de las jovencitas teresianas que encontramos ayer tarde en aquellos sitios); y aquí, con los troncos de los árboles y en la cavidad de estas peñas, harán sin duda grutas escondidas para la oración. – Tendría también mis ojos por las altas ventanas que dan al huerto, y tras campos de verdor veía al caudaloso Ebro deslizarse tranquilamente, como se desliza la vida de los moradores de los claustros, y más lejos vi dibujarse las montañas, cuya cima se pierde remotamente en los cielos como un alma al remontarse en alas de la oración.

Conque ya lo sabe V., mi buena Madre. Un convento más puede decirse que cuenta el Carmelo en España. Lo que es más para alabar a Dios, todo ello es obra de sacrificio. Mis respetables amigos que están al frente de esta nueva fundación me lo han dicho mil veces. Santa Teresa, dicen, quiere que este su convento sea sólo fruto de limosnas, de desprendimiento, de sacrificio, de confianza y de fe. Me añaden que nombraron a San José por su cajero y depositario, y hasta el presente el Santo Patriarca no les ha hecho quedar mal, por considerables que hayan sido los desembolsos que han tenido que hacerse para una obra como ésta. ¿Qué rasgos de caridad podría contarle a V. con este motivo! ¡Qué verdaderos sacrificios! ¡Ah!, un esfuerzo, un sacrificio más, y la obra queda terminada. Ruegue V., mi buena Madre, al señor San José a su querida Benjamina Teresa, que ellos lo quieran y pronto, porque sin *ellos quieren* no faltarán corazones generosos, almas de sacrificio que considerarán como su mejor gloria haber contribuido a esta fundación.

Basta por hoy, mi buena Madre. Cuénteme V. algo que edifique de esas *almitas*, como V. me dice. A sus oraciones y las de V. se recomienda su afectísimo en Jesús y Teresa. – A.

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 1877.

UNA FLOR A PÍO IX

EN EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACIÓN EPISCOPAL ¹

Una flor, ¡ay de mí!, que fuera mía,
Una flor que en mis manos haya estado
Y que guarde en su cáliz perfumado
Un tesoro de casta poesía.

Una flor escogida entre mil flores
La más bella y gentil que al limpio rayo
De su lumbre de amor ha visto Mayo
Nacer rica de aromas y colores.

Esa flor sin igual... ¿do la hallaría?
¿En qué valle pudiera contemplarla
Y con todo mi amor embalsamarla
Para luego ofrecerla como mía?

¿Y no sabéis a quién? - No va el aroma
Tan ligero a merced del raudo viento,
Como vuela feliz mi pensamiento
Al horizonte espléndido de Roma.

¡Allí está! ¿No la veis? – Esa figura

¹ Forma parte de un álbum que desde Barcelona se ha enviado al Sumo Pontífice.

Que se eleva gigante y toca al cielo,
Cuya frente al romper el denso velo
De las nubes las baña en su hermosura.

Esa bella visión, blanca y radiosa,
Que fulgura en la cúspide del monte
E inunda en claridad el horizonte
Ahuyentando la noche pavorosa.

Esa voz prepotente más que el trueno
Que resuena en los campos y ciudades,
Y traspone las vastas soledades,
Y conmueve del mar el hondo seno.

Esos brazos que en alto al levantarse
Estremecen de amor los corazones,
Y tesoros de dulces bendiciones
Sobre el mundo derraman al bajarse.

Ese Anciano sublime, en cuya frente
El tiempo sólo flores ha dejado,
Y en sus labios sonrisas ha estampado,
Y en su pecho de amor abrió una fuente.

Ese Anciano, ese Padre... - ¡Padre mío!
Yo ignoro de otra suerte apellidarte,
Para quien como un hijo sabe amarte,
¿Hay palabra más dulce, amado Pío?

Para Ti una flor sola hallar quería...
Mas ninguna encontré entre flores tantas
Que mereciera estar bajo tus plantas
Expresando el afán del alma mía.

¿Do se oculta esa flor que nunca veo?...
La que echar anhelé bajo tu trono
En tu día de gloria, oh Pío nono,
¿Será sólo la flor de mi deseo?

Vuela, vuela, deseo soberano,
La más preciada flor del amor mío,
Vuela a Roma..., consuela al dulce Pío,
Y no salgas jamás del Vaticano.

Juan B. Altés, Pbro.

AYES DEL ALMA Y SUSPIROS DEL CORAZÓN

AY PRIMERO

EN BUSCA DE DIOS

Larga jornada y por caminos torcidos venía mi alma anhelando felicidad que no encontraba. Recorría el espacio y repasaba los tiempos, agitada unas veces, dormida otras, y al parecer siempre capaz de grandes designios y siempre fuerte en sus propósitos. Iba y volvía sobre cosas mal determinadas, y la misma inconstancia del mundo daba pábulos a un género

de volubilidad que, si la entretenía por momentos, la atormentaba de ordinario. Si por ventura se fijaba, era para disipar el tiempo y el vigor saludable que Vos imprimís, Dios de la consolación.

En este ir y volver de la imaginación y en este descontento del capricho, olvidaba mi alma su origen divino, y pedía reposo, y lo buscaba fuera de su centro. ¡Cuán dolorosa era su inquietud! ¡Cómo fraguaba ídolos! ¡Con qué lamentable fecundidad producía delirios mortales! No era vivir aquel agitarse y aquella opción por dioses hoy creados, y mañana hechos ceniza en el altar mismo de sus dedicaciones. ¿Cómo sucedía esto? ¿A dónde moraba mi alma desprendida de Dios? ¿Qué habíais hecho en ella, Vos que la habíais formado a imagen vuestra? ¿La repelisteis por ventura? ¿La tratasteis mal? ¿La teníais olvidada? ¿No la hablasteis alguna vez en el silencio, en el retiro o en la soledad? ¿No despertasteis sus largos sueños con el dolor agudo o con el arrepentimiento punzante? ¿No tuvisteis con el alma abandonada a sí misma el amor de inquietarla, ni el celo de enviarle un saludable insomnio, ni siquiera la corregíais, ni la buscabais por el camino de las tribulaciones, descubriendo sus flaquezas y mostrando su impotencia y vuestro poder soberano? ¿La dejasteis correr hasta el borde del precipicio, y allí recostada, allí dormida en vanas complacencias o en deplorable desesperación, no tuvisteis para el alma aletargada ni un aviso, ni una advertencia, ni una inspiración? ¡Ah! ¡Sí, sí, mi Dios! Todo erais celo, oído, providencia, misericordia y amor para aquel alma. Sólo que oyendo no oía, y no veía, viendo claras las maravillas que obrabais a favor suyo. Debió perecer a menudo, y la conservasteis; debió desfallecer, y por medio de treguas misteriosas, Vos, Señor, ibais preparando una nueva creación, un nuevo ser y una vida nueva.

Un día, y en hora de sorpresa milagrosa, sintió sobre sí vuestra mano de Padre; vio la que iba ciega, oyó la que ensordecía voluntariamente, y atendió la que cerraba a vuestro acento el oído espiritual. Desde entonces aprendió a frecuentar las veredas que a Vos conducen; tuvo habla parecida a vuestra habla amorosa; adelgazó el sentido de amaros y desear vuestras santas pláticas y vuestros tiernos coloquios; supo ya cuáles eran vuestros caminos, y por qué sendas había de encontraros. Entonces, Señor, hicisteis casual para ella vuestra ordenada Providencia, y encontrando en Vos lo que en vano había buscado largo tiempo y con penosas fatigas, entonó cánticos de alegría y canciones de regocijo.

AY SEGUNDO

ENCUENTRO CON DIOS

Seguíais compasivo, y contabais, sin perder uno solo, los pasos de la oveja perdida. Seguíais también, y os apenaba el desorden de sus pensamientos; os era conocida cada una de sus angustias y pesadumbres, y parecía que Vos, paciente, porque sois eterno, habíais dicho: “¡Dejadla ir!”. “¡Dejadla ir!”. Y ella, desvanecida y engañada por torpe ilusión, iba sin dejar de ir, cuándo adelante, cuándo temerosa, cuándo resuelta y despechada, cuándo, y muchas veces, esperando de Vos, a QUIEN ofendía e irritaba, un género de amparo que necesitaban sus extravíos.

Mas Vos, Señor, permitíais sus disipaciones y devaneos para hacerla coger más tarde, y en cosecha de gozo espiritual, las lágrimas de un verdadero arrepentimiento. Sabía ella llorar como llora el mundo, y no conocía el llanto de la conversión. Vos la queríais purgada de pasión, limpia de contagio, tierna y llorosa a modo de hijo pródigo que abraza y humedece con lágrimas las rodillas de un padre desolado. ¡Y cuánto ingenio en vuestros designios! ¡Qué divinas trazas las vuestras! Al cabo de una jornada más temida que inesperada, dejasteis suelto el hilo de vuestra Providencia, y anudando en él vuestro divino plan, mostrasteis que velabais con justicia y amabais con misericordia. Parecía que allí juntasteis, y en tal nudo apretabais los medios maravillosos de la obra en proyecto.

Vos, que así hablabais en los hechos y en los accidentes de los hechos, dijisteis por fin: *Ecce adsum*. Aquí estoy. Te he salido al encuentro.

¿Quién podía soñar en vuestros consejos y en la luz de vuestros consejos? ¿Quién pudo adivinar a dónde iban dirigidos vuestros avisos, ocultos a las veces bajo el velo de lo terrible y con sombra de espanto, cuando en realidad venían cargados de mercedes y henchidos de misericordia? Y, sin embargo, Vos sacabais aguas de consuelo del abismo de la tribulación. Erais Vos el divino inventor y el sabio artífice que creaba y levantaba en mi alma el nuevo corazón y el hombre nuevo. Queríais salirme al encuentro para que yo viera en la

imagen de vuestra santidad y de vuestra justicia cuán desfigurada andaba dentro de mí la imagen del hombre celestial, dominado por el hombre terreno.

¿Cómo hacíais estas cosas? ¿Quién conoce el secreto de vuestro poder y lo prodigioso de vuestras maravillas? ¿Y para que investigar sobre el modo cuando los prodigios son palpables? Seguid hablando vuestra lengua, varia en hechos, en inspiraciones y movimientos; ese habla, poderoso agente que traslada montes y allana asperezas. Hiere suavemente mi oído el anuncio de vuestros regalos, y obra dentro de mí el imperio de vuestra voz, que reanima cadáveres. Ayer despedía hedor mi corazón miserable, hoy se levanta gozoso, y mi boca, antes cerrada, y mi lengua inflexible al habla espiritual, desplégase bendiciendo, derramada en acción de gracias. Os ha encontrado él, o Vos le habéis salido al encuentro? Decidme, Señor, decidme cómo ha sucedido lo que pasa dentro de mí. Decidme cómo ha podido renovarse esta efigie, poco ha deteriorada, ahora en estado de admirable restauración. Habladme, Señor, de estas cosas y de estos encuentros; mas no castigéis esta mi flaqueza, que tiene visos de temeridad. Es que os amo con todo mi corazón y con todas mis potencias, y no quisiera más que llenarais por completo todo mi ser y mi pensar. Pero, ¡ah, Señor!, procedo con ligereza; conservo todavía los resabios del mundo, y todavía llevo mi pobrecita alma bajo un manto de mortalidad. Quiere, sí, anhela poseeros del todo; mas nadie es ciudadano en la patria celestial sin haber salvado con vuestro auxilio los riesgos de esta llorosa peregrinación.

AY TERCERO

COLOQUIOS CON DIOS

¿Quién puede conoceros sin enamorarse de Vos? ¿Quién os conoce que no desee tratar con Vos, intimar con Vos y hacerse una cosa con vuestro querer y vuestro pensar? El que una vez ha oído vuestra voz y escuchado vuestra palabra, anhele oírla otra vez y que no dejéis de repetirla. Quiere él pronunciar con Vos lo que le habéis dicho, y quiere más todavía: suspira por entenderos para formar en sí un sentido nuevo de gustos celestiales y de fruiciones apacibles. Recuerda sin cesar lo que le habéis enseñado, y es maestro de sí mismo, volviendo sobre el tema que le adoctrina y sobre el texto vivo de vuestras inspiraciones. Ni quisiera suspender una conversación que tanto le conforta. Os busca en todas partes, porque en todas partes os ve, os siente y oye el eco de vuestra palabra. Desea con ardiente deseo bendecir y cantar, y teme a menudo que los himnos y alabanzas emboten la contemplación que le contenta y extasía.

Por manera que habla con Vos en silencio profundo y en amoroso arrobamiento el lenguaje y acento que le habéis enseñado, enajenándolo del mundo para que se enardecza en poseeros. No basta a vuestro amor significar que amáis y desear ser amados. Lleváis el plan de enriquecer al hombre hasta el punto de abrirle vuestro Corazón dándole en él morada, vida y santa inteligencia. ¿Por ventura intentáis guardar la imagen vuestra allí donde el mundo no pueda encontrarla de nuevo, ni las concupiscencias puedan empañarla? ¿Qué es esto, Señor? ¡Cuánta solicitud y qué soberana previsión! A quien poco ha llevabais de la mano, y le instruís, ahora le habéis concedido privilegios de intimidad, y dádole un género de dádivas que son más deseadas cuanto son más dulcemente poseídas. De este modo formáis las escalas que suben hasta Vos. No se ve donde se asientan, ni cómo se apoyan, ni su estructura y elevación; nadie puede contar sus peldaños, y sin embargo las habéis construido de manera que para sus admirables ascensiones dais una soltura, tal agilidad y desembarazo, que allá van y por allí suben los sencillos y humildes de corazón.

¿Qué hicieron ellos? ¿Qué hicisteis Vos? Hijos dóciles conservaron en su corazón vuestra palabra, y la repetían haciéndola palabra suya, su norte, su vida y espíritu; y Vos obrabais por el modo maravilloso de un constructor original que a cada paso y en cada accidente produce en forma acabada las obras exquisitas de su inteligencia. Y 'ay, Señor!, siempre hacéis las cosas en sabiduría, y vuestra sabiduría e inteligencia, vuestros designios y los caminos que abris a vuestras soberanas disposiciones, todo ello es verdad y misericordia.

No escudriñamos, Señor, los arcanos de vuestras magnificencias; antes bien adoramos, rostro en tierra, lo que tocamos y no comprendemos. Sentimos sobre nuestra humilde cabeza vuestra mano omnipotente, vemos y oímos lo que no sabemos referir, y al cabo, sin largos discursos, sin aprendizaje afanoso, sin larga discusión y sin pesada disciplina, habéis

formado una escuela de aprovechados discípulos que entienden y hablan una sabiduría superior a la sabiduría del siglo, y con ella hablan de Vos y con Vos en sabrosos y detenidos coloquios. Así lo habéis hecho, y así lo hicisteis siempre. *Omnia in sapientia*.

Hablad, pues, Señor, que oímos gozosos. Inspirad, y que aliente nuestra alma resoluciones inquebrantables, rica como podéis hacerla en instrucción divina y en celestiales consuelos. Dadnos oído de celo y oído de vigilancia para buscar en todo vuestra gloria y nuestra salvación.

AY CUARTO

EL ALMA CON DIOS

Disipado mi corazón como cisterna rota que deja ir las aguas, vi cómo se alejaban de mí y de mí eran despedidos vuestros dones amorosos y vuestras adorables mercedes. No sabía yo quién era, ni quién erais Vos. Oculto en vaso frágil el tesoro de mi alma, lo expuse a ser quebrado; y como era de barro, hecho pedazos al menor golpe, derramó las preciosas joyas que en él habíais depositado. Era yo un insensato; mal apreciador, desdeñaba en mí mismo la obra maestra modelada por vuestra mano e inspirada de vuestro aliento. ¡Ay, Señor! El desprecio de mi dignidad me llevó a despreciar la vuestra, por el abuso que hice de los dones con que me habíais enriquecido.

Desde luego, ¡cuánta desventura! ¡Qué género de tormentos! Era yo mártir de la vanidad, mártir de la mentira, mártir del capricho y mártir del vicio. Me parecía insoportable martirio el amaros y serviros. ¡Cruel extravío! ¡Ignorancia funesta! Y sin embargo manteníase erguido mi corazón miserable, porque una ilusión seguía a otra, y un delirio nuevo al delirio de ayer. Para más penar tenía por cosa buena y por esperanza de bienes todas las pesadumbres que vivían de asiento en mi pecho conturbado. Un error engendraba un pecado, y el pecado un crimen. Conseguí, llamado por Vos, volver a vuestro regazo, ya que, oveja contagiada, no había dejado por completo el redil. ¡Y bien! ¿Qué me dijisteis, Señor? ¿Cómo despejasteis mi vista y las densas nieblas en que yacía mi espíritu? Enseñadme vuestra prudencia, mostradme vuestra literatura, decidme con qué método y por qué libros he de aprender desde ahora la ciencia de los consuelos.

Pero, ¡ah! Ya me habéis dicho todo esto. Sola una cosa es necesaria. Amaros y serviros. Pues bien. Quiero y deseo amaros con todo mi corazón, y lo entrego en vuestras manos para que lo reforméis, limpiándolo de toda fealdad y desprendiéndole de apegos mundanos. Vuestro es, y a Vos sube en alas de vuestro auxilio. ¡Qué poder el vuestro! ¡Qué suavidad en los medios de atraerme! ¡Cuánta misericordia revelan ya a mis ojos, antes empañados, aquellas piadosas inquietudes que inoculabais en lo mas secreto de mi corazón! Ahora comprendo por qué me afligíais, y por qué semejaba vuestra conducta conmigo la de un padre, la de un señor y la de un artífice que abandona su obra en los momentos de mayor peligro. Entonces mismo llamabais con fuerte alabada a mi corazón por trazas ingeniosas y por industria que Vos sólo conocéis. Y, ¿quién lo dijera y cómo explicarlo? Era motivo de alabaros y bendeciros lo que yo estimaba como abandono y dureza. Mis lamentos hondos, repetidos con todo el poder de la miseria humana, hartos mostraban que yo no entendía la primera palabra de vuestra admirable misericordia. Quería yo vivir, estar y descansar en brazos de las concupiscencias y en posesión de los goces sensibles; y Vos, que penetráis el misterio, para mí vedado, de las flaquezas que me abatían y de las iniquidades que dominaban mi corazón, no me queríais ni flaco, ni criminal, ni perdido, no extraviado. Y como vuestro querer es omnipotente, ¡ay Dios mío!, hicisteis en mí un cambio maravilloso que, transformando mi ser, me ha dado un género de habla y una especie de sentimiento que suele empezar en pláticas secretas y en tiernos coloquios, y acaba alguna vez en amoroso deliquio.

Lo que hacéis Vos es obra vuestra. De nadie recibís el plan, nadie ordena con Vos los medios, ni dispone el material de vuestras pasmosas construcciones. Decís que se hagan las cosas, y las cosas quedan hechas. Todo lo que mandáis se cumple. Y sin embargo, hay en Vos sociedad, consejo y complacencias íntimas de palabra y de amor. Vos, Señor, al criar al hombre y hacerle a vuestra imagen y semejanza, hablasteis en un santo y discreto plural, que no es parte ni divide. Dijisteis con vuestro Hijo eterno y con el Espíritu Santo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*.

¡Así lo quisisteis y así se cumplió! Vuelva, vuelva a Vos viva, y aliente con Vos; fórmese el alma en Vos por sacrificio voluntario, y sea vuestro por completo el hombre a quien redimisteis.

AY QUINTO

TARDE OS AMÉ

¡Tiempo de inquietud el que gastaba sin Vos, disipando en gastos de perdición la más preciada herencia! Reía como el insensato, rasgaba mi boca en actitud de necio que no se pagaba de Vos. Miré a mi lado y estudié el mundo en el estudio de mi corazón, y dije a la risa y hablé con las mundanas alegrías palabras de abatimiento y de conturbación. *¿Por qué me engañáis?* Y repetía: *¿Por qué me engañáis?* Había yo aprendido que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y no cesaba de decir a la risa y a la alegría: *¿Por qué me engañáis?* Conocía yo lo funesto del engaño, y cuanto más increpaba a la risa y a la alegría, más procuraba allegar a mi engaño el nuevo engaño de nuevas risas y de nuevas alegrías. ¡Qué ingenioso era para disculpar mi necedad! Quería justificar mis devaneos y justificar las ilusiones del propio espíritu, atribuyendo buen origen o buen propósito a lo que sólo era de mi parte un estudio de recaídas.

¡Así venía la noche de mis pasatiempos y la noche de mis pesares! ¡Noche larga pasada en desvelo angustioso y en mortal insomnio! ¿Qué había de suceder, si no os busqué desde la aurora, si no miraba a Vos en medio del día, si a la caída de la tarde permanecía alejado de Vos? ¡Ah! La noche está siempre con el ciego voluntario; para él no hay luz de ciencia ni de piedad, y la misma naturaleza parece ocultarle su origen, sin permitirle cantar al Autor.

¿Hay nada más triste que aquella noche? ¿Hay nada más desgarrador que contemplar el tiempo pasado en olvido vuestro? Tarde, tarde os amé. *Sero te amavi*, decía San Agustín.

Mas, ¡qué dicha la mía al derramar lágrimas por la tardanza en amaros! Obrero perezoso y obrero disipado, al cabo aprendí de Vos la ciencia de buscaros y el arte de guardar en mi corazón el acento de los suspiros con que me llamabais, y el eco de los gemidos con que ablandabais mi dureza. No era en verdad perfidia, ni obstinación, ni alejamiento de Vos. Es que el mundo celebraba mis extravagancias y aplaudía mis atrevimientos. Quería yo más la aprobación de los insensatos que la consideración de los prudentes. Daba, Señor, al mundo el culto que es debido a Vos, y gustaba recibir de los hombres culto de vano aplauso y de torpe alabanza.

Tarde, tarde os amé, y merecí por ello ser amado de los que os desdeñaban o aborrecían. ¡Cuántos pesares hoy! ¡Cuántos regocijos! Duéleme con agudo dolor haberos buscado tarde, y se alegra mi alma al llamaros ya consuelo de mi alma.

Tenía yo lágrimas de recelo, de temor, lágrimas de ira y despecho, y no conocía el llanto de la confianza, el del amor y el de la resignación. ¡Cómo gozo ahora en mis lloros, y cuán sabrosa es la prueba a que me sometéis con misericordia! Comprendo ya el llanto de los humildes; el de los penitentes y el de los pacíficos. Caen dulces lágrimas sobre mi corazón como lluvia de dilatación prodigiosa; y cuando sollozo, interrumpida mi voz por inefable abundancia de consuelos, veo en mi alrededor, y siento en mis entrañas, que andáis celando y defendiendo a mi alma tardía, adquisición vuestra. *Sero te amavi*.

+ EL OBISPO DE JAÉN

A LOS DIRECTORES Y JUNTAS LOCALES

DE LA ARCHICOFRADÍA TERESIANA

Con gusto y satisfacción no pequeña comunicamos a las Juntas y Directores de la Archicofradía Teresiana que el Dr. D. Salvador Casañas, canónigo. Director de la Congregación Teresiana en Barcelona, ha sido el encargado de presentar a Su Santidad el magnífico Álbum que más de once mil hijas de María y Teresa de Jesús de toda España han querido

honrar con sus nombres. Faltan muchísimos más allí, pues unos llegaron tarde; otros, no comprendiendo bien nuestro intento, no los mandaron porque ya habían dado su nombre para otros mensajes a Su Santidad, y no faltan otros que, por no leer la *Revista Teresiana*, les pasó desapercibido. Además, con el Álbum y las limosnas, que han ascendido a más de trescientos duros, se ha remitido a Su Santidad, en nombre de toda la Archicofradía agradecida, un cuadro al óleo de gran mérito artístico, verdadera inspiración del aventajado pintor Sr. Martí, de Barcelona. Con estas tres cosas ha tratado por primera vez de probar su gratitud y amor al Vicario de Jesucristo la Archicofradía, a la que ha distinguido con tantas gracias el inmortal Pontífice, cuya preciosa vida debemos orar continuamente prospere el Señor, hasta ver el triunfo de la Iglesia y la humillación de sus enemigos.

E. de O.

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO IX

Según las noticias que vamos recibiendo de los pueblos de la diócesis, ese día de gratos recuerdos para el Padre Santo y sus devotos hijos se ha celebrado en todas partes de una manera digna de la piedad católica y de la veneración y amor que inspira el augusto Anciano, objeto preferente de la fiesta. Ha habido entusiasmo y magnificencia, pero sobre todo oraciones muchas y fervorosas y muchas obras buenas. Así debió ser. No podíamos, no debíamos olvidar que nuestro Padre celebra sus Bodas de Oro en triste situación, colocado a merced de sus enemigos: *sub hostili potestate constitutus*, y que desde su prisión nos tiende las manos pidiendo auxilio, y no ño hemos olvidado. Le hemos enviado abundantes limosnas materiales, que también de éstas tiene necesidad el glorioso despojado del Vaticano; pero han sido abundantísimas las espirituales, que valen más, y para las cuales, todos, ricos y pobres, han llevado su contingente. ¿Quién podrá pesar los tesoros de fe y caridad que en los tres primeros días de este mes han sido depositados por mano de los fieles en el arca sacrosanta del divino Corazón de Jesús, por cuenta del Padre común de los cristianos? Y no lo han sido en vano. Esperemos.

Nos consuela sobre manera el éxito admirable que han tenido las Comuniones generales. No ha sido sólo en nuestra catedral, donde la hubo numerosísima; lo hanb sido proporcionalmente las de los pueblos. Éstas, sobre ser la obra más meritoria, son un síntoma de buen augurio para la sociedad cristiana enferma. Asistir a un triduo solemne en un templo ricamente adornado e iluminado con profusión y gusto, oír a un orador elocuente y florido, es fácil, saben hacerlo todos, hasta los indiferentes, hasta los incrédulos; eso halaga los sentidos, no es objeto de sátiras punzantes, pertenece al buen tono. Mas irse a postrarse a los pies de un sacerdote para decirle con sinceridad y ánimo contrito, *soy pecador*; presentarse públicamente a la sagrada Mesa en medio de numerosas muchedumbres, arrostrando en el acto las miradas curiosas de los mundanos, y luego las chanzas burlescas y los desprecios de los despreocupados, ¡oh!, esto no es ya fácil para algunos, ¡ojalá no fuera difícil para muchos!, esto ya prueba valor y abnegación cristiana. Y esto es lo que hemos visto. ¡Bien para mis hijos! Habéis, queridos, os habéis sobrepuesto a aprensiones indignas de vosotros y dado un gtan paso. ¡Constancia!, y no volváis atrás. Que se os vea confesar y comulgar con frecuencia. Sin esto los cristianos fervorosos se vuelven, tibios, y los tibios acaban por enfriarse del todo, y en fin, se pierden unos y otros, y os perderíais vosotros.

Poco o ningún precio tienen por sí las obras exteriores, pero animadas del verdadero espíritu católico lo tienen grandísimo, y por más de un concepto, en estos tiempos, cuando más que falta de fe y piedad, hay exceso de cobardía y de respetos humanos. Omitidas por tan innobles motivos muchas obras buenas exteriores, de las cuales por la condición de nuestra naturaleza compuesta tenemos necesidad para fomentar los interiores sentimientos del alma, sucede que por falta de ejercicio de ellas decaen poco a poco y se extinguen las virtudes cristianas y hasta las mismas creencias. Podrán ser, por ejemplo, muy buenos católicos para sí los que en estos días de fiestas no han colgado e iluminado sus casas; es sin embargo menester confesar que los que los que han colgado e iluminado dieron un gran ejemplo, afirmando su fe de católicos sin mote a despecho del vecino que los había de escarnecer, ante

el transeúnte, el socio, el amigo que les llamaría fanáticos, neos, ultramontanos o cualquier cosa, que han dado una prueba de entereza cristiana que no será estéril para el porvenir, ni quedará sin recompensa por parte de Aquél que ha dicho: *A quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.*

Ha debido, por tanto, sernos dolorosa la supresión de la romería al Santuario de la Providencia, porque el ejemplo de las devotas muchedumbres que nos hubieran acompañado, la solemnidad del acto, lo grandioso del espectáculo se hubiera impuesto poderosamente, hubiera despertado el espíritu religioso y confirmado muchos saludables propósitos. Sí, mientras hubiéramos rogado a Dios y a la Virgen, su Madre, por el Papa y por la Iglesia, avivado con la oración común el fuego divino de la caridad en nuestras almas, se hubiera comunicado a las de otros; y la romería hubiese sido una Misión de nuevo género para salud de muchos. Pero la romería no ha podido realizarse. ¿Por qué? ¿Sería por falta de cierta formalidad legal? No es probable. Nunca se llenó, pasando siempre inadvertida en todas partes la omisión. ¿Sería porque se torciera el fin de la romería, convirtiéndose en manifestación política? El vulgo acogió, según parece, esa versión; pero el vulgo es el vulgo, y debió equivocarse como suele. Esa versión es calumniosa. ¿Es posible que entre aquellos sobre quienes, de ser cierta la vulgar especie, recaería la responsabilidad, haya un solo hombre de tan menguado juicio y tan destituido de sentido común, a quien pudiera ocurrir y que se persuadiera de que un Obispo, aunque sea el de Tortosa, que al fin y al cabo sabe lo que debe a su dignidad y a su conciencia, había de promover y acaudillar una manifestación política? No es, pues, éste el motivo de la supresión de la romería. ¿Cuál es? Francamente no lo sabemos, ni queremos saberlo.

Lo positivo es, sí, que la romería no pudo hacerse; y lo sentimos, y no por nosotros. Dios ha aceptado nuestra buena voluntad y la de cientos y miles de católicos que habían de componerla; y el resultado no será menor, así lo esperamos confiadamente, a favor del Papa y de la Iglesia. Por lo demás, no pudiendo orar y cantar las alabanzas de Dios y de la Virgen en las calles de la ciudad y caminos que llevan a su devoto Santuario, lo haremos en el templo y en nuestras casas, desde donde llegarán también hasta el trono del Excelso nuestras voces y votos; y cuando ni eso podamos, como es posible y probable suceda en la espantosa crisis que amenaza a Europa y al mundo entero, nos quedarán todavía otros oratorios tan sagrados como el de Nuestra Señora de la Providencia; nos quedarán la espesura de los bosques, la soledad del desierto, las cuevas de los montes y las catacumbas de los primeros cristianos; nos quedarán el inviolable secreto de la conciencia y la solemne publicidad del patíbulo, donde oraron los Mártires, donde oró el Rey de los Mártires y fue oído *pro sua reverentia*, donde aquellos predicaron a Cristo, desde donde fecundaron con el riego de su sangre el campo de la Iglesia, y donde muriendo vencieron a las potestades de las tinieblas.

Confiad, dijo Nuestro Señor Jesucristo la vigilia de su Pasión a la Iglesia en la persona de sus Apóstoles, *confiad, yo he vencido al mundo*. Confiad, os decimos también Nos, hijos queridos; no temáis porque veis al Papa cautivo en Roma y a la Iglesia perseguida en muchas partes y amenazada en todas. No temáis; la Iglesia, que no sucumbió bajo la crueldad sanguinaria de los Césares, ni por los sofismas de los filósofos, ni por la perfidia y malas artes de los herejes, saldrá incólume de los novísimos peligros, y con ella, como es consiguiente, saldrá incólume el Pontificado. Lo que fue, eso será. En la historia de las luchas de la Iglesia y del Papado, lo pasado es garantía segura del porvenir. Éste lo tiene asegurado la Iglesia en una promesa divina: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi*.

Tortosa, 12 de junio de 1877

+ BENITO, Obispo de Tortosa

ROMERÍA ESPAÑOLA AL VATICANO

Bajo la dirección y presidencia de los Emms. Cardenales Benavides, Patriarca de las Indias, y Payá y Rico, Arzobispo de Compostela, y de los Rmos. Obispos de Urgel, Zamora, Santander, Almería, Pamplona, del auxiliar de Sevilla, electo Obispo de Jaén, y del auxiliar de Madrid, más de mil fieles de todas partes de España se reunieron el día 12 en la gran sala Ducal del Vaticano, sitio dispuesto por Su Santidad para recibirlos y aceptar sus homenajes. En efecto, Pío IX entró en el lugar designado, que sería poco más de mediodía, rodeado y seguido de su noble corte y de los varios Cardenales. En un entusiasta y frenético *¡Viva el Papa!*,

prorrumpieron todos los fervientes católicos allí presentes, cuyas repeticiones llevaban traza de no terminar si el Santo Padre no hubiese hecho con su augusta derecha, señal de silencio.

Entonces el Emmo. Cardenal Arzobispo de Compostela leyó un enérgico y conmovedor discurso en español. Concluida la lectura, él el primero ofreció a los pies del Sumo Pontífice su donativo en oro, contenido en un muy elegante armario; después siguieron los Rmos. Obispos sobremencionados por sus diócesis y otros eclesiásticos y seculares por Valencia, Gerona, Segovia, Palencia, Orihuela, etc., etc. El grande álbum de Gerona era de una magnificencia extraordinaria, y bellísimo un estandarte de seda y oro de las parroquias de Valencia. La ofrenda colectiva de dinero se había puesto a los pies de Su Santidad anteriormente, en una audiencia particular. Los donativos en productos y objetos de arte de España se han colocado en la Exposición de la galería de los Mapas geográficos.

Al discurso del Emmo. Cardenal Payá y Rico, el Vicario de Cristo se dignó contestar en los siguientes términos:

Al ver tantas pruebas de caridad de los hijos hacia el Padre común de los fieles; al recibir tantas ofrendas preciosas y tantos presentes, he pensado en un buen Hermano lego, capuchino, elevado hoy a los altares por su santidad y virtudes heroicas, que al hacer la cuestación para el convento, sintió un día en su alforja un peso que no podía soportar. El buen Capuchino no quiso llevar dinero al convento, sino pan y víveres para el sustento de sus hermanos.

Agobiado, pues, por el excesivo peso de su alforja, la vació, viendo entonces una moneda, que dejó en el suelo; y volviendo a colgar la alforja de los hombros, le pareció mucho más ligera la carga. ¿Qué haré yo ahora? No he recibido una sola moneda, he recibido muchas. Ya os lo he dicho: vuestra caridad y la de tantos miles de peregrinos ha sido industriosa para dar; preciso será que la caridad del Pontífice sea industriosa para distribuir. Habéis sido atraídos a esta segunda peregrinación por la primera gran peregrinación española que vino el año último a postrarse ante el sepulcro de San Pedro y San Pablo, Ciertamente, la caridad os ha traído aquí, porque el amor desea ver el objeto amado.

He aquí por qué esta peregrinación es la repetición de la que ya tuvo lugar, y este nuevo testimonio de vuestro amor es un testimonio solemne, puesto que dirigen vuestra peregrinación un gran número de Obispos que han abandonado sus diócesis para acompañaros a Roma.

¡Oh! ¡Plegue al cielo que la revolución quiera comprender que ni la prisión ni el destierro prestan la fuerza que el amor, contra cuyas manifestaciones nada pueden los Nerones ni los otros enemigos de la Iglesia! Pertenece a una sociedad fundada y protegida por Nuestro Señor Jesucristo y fecundada por su preciosa sangre.

Elevemos, pues, nuestras plegarias al Todopoderoso para que nos ayude a combatir a nuestros enemigos y a la Revolución. Pero para combatir bien, acordémonos de Jacob, que, puesto en camino con su familia, sus ganados y sus riquezas, supo que Esaú marchaba a su encuentro. Tuvo miedo. Oró, y pronunció la admirable plegaria que los Libros santos nos han conservado, y que tan adecuada es en las actuales circunstancias. Pero, sin perjuicio de rezar, no dejó de tomar las precauciones humanas. Dividió su familia y sus compañeros en varias secciones, para que fueran al encuentro de Esaú y procuraran calmarle con presentes. El plan produjo buen resultado, porque Dios lo había bendecido.

Queridos hijos míos: ¿queréis alcanzar la victoria sobre los Esaús modernos? Rogad y estableced campos atrincherados en España, Francia y Alemania, donde la persecución se deja tan vivamente sentir y los católicos gimen en la opresión. Y ahora os diré, para abreviar, que no debemos considerar más que un objetivo, la gloria de Dios y la salud de nuestras almas; objetivo que alcanzaremos mediante las oraciones y el buen ejemplo.

Mostraos siempre fieles, como en otro tiempo, a las nobles tradiciones de vuestros padres, en esa España tan fecunda en almas santas. Pero para ello la concordia es necesaria, y la concordia es incompatible con las divisiones interiores, las envidias y los odios que debilitan a los que combaten las batallas del Señor. Que Dios os dé la constancia y la fuerza necesarias para esto, y os bendiga, a fin de que seáis soldados valientes bajo una sola bandera, bajo un solo capitán, con una sola fe.

Queridos hijos míos, no dudéis de que la unión constituye la fuerza, y que la unión es indispensable para infundir miedo a la Revolución. Estad, pues, unidos para alabar a Dios y darle gracias por sus beneficios. Que Dios os bendiga. Yo por mí os bendigo, bendigo a vuestras familias, bendigo a los Pastores y a las diócesis, bendigo a España entera, a fin de que permanezca siendo siempre la España católica que por su religión asombró al mundo.

Bendigo también vuestros bienes; en fin, os bendigo en el tiempo para que podáis un día entregar a Dios vuestras almas, y alabarle y bendecirlo por toda la eternidad.

NUEVAS INSTALACIONES DE LA CONGREGACIÓN TERESIANA

Travesera. - El día 13 de mayo instalose con gran solemnidad en este pueblo la Congregación Teresiana, esperando del cielo de sus dignos Directores y de la Junta que prosperará no poco allí el amor a Jesús y a su Teresa.

Trujillo. – Merece ser conocida la entusiasta carta del digno Director de este pueblo. Dice así:

“Señor D. Enrique de Ossó:

“Trujillo y junio 7 de 1877

“Muy señor mío y de todo mi aprecio: Tenga la grata satisfacción de anunciar a V. que también esta importante población de Extremadura ha respondido a los amorosos silbos que nuestra Madre Teresa se ha dignado dirigir para atraer hacia el buen camino a la juventud femenina. Previa la autorización del Prelado, se tuvo la fiesta de instalación de la Congregación Teresiana, tal cual prescribe el Reglamento, y le confieso a V. que mis deseos quedaron colmadamente satisfechos, no tanto por el crecidísimo número de jóvenes que se alistaron bajo la bandera de la gran bullidora castellana, cuanto por el no menos crecido de Comuniones con que quisieron inaugurar la solemnidad tantos corazones, como con rendido amor se ofrecieron a la buena Madre. Como hace poco tiempo resido en esta ciudad, y al trasladarme traje una hermosísima imagen de talla de Santa Teresa, ésta nos ha servido de reclamo para negociar el gran negocio que se ha propuesto entre estos fríos corazones. Y que lo ha conseguido a la verdad, está fuera de toda duda. Con razón la llaman, yo también, por aquí la gran revoltosa de las conciencias, y yo le aseguro a V. que los resultados obtenidos por la Congregación Teresiana en el pasado mes de mayo han sobrepujado a todas nuestras pretensiones y deseos. ¡Qué concurrencia tan numerosa! ¡Cuántas confesiones! Es verdad que durante todo el mes ha sido una continuada Misión, para cuyos trabajos el Señor nos ha dado las fuerzas que tanto necesitábamos; pero también es cierto que los veinte coros de que se compone la Asociación han rivalizado a porfía en obsequiar del mejor modo que les ha sido posible a nuestras cariñosas Madres, María y Teresa de Jesús. No tengo tiempo, y lo siento, para poder describir a V. algunos de los muchos y tiernos episodios que con frecuencia se repiten entre estas fervorosas y entusiastas teresianas. La frecuencia de Sacramentos, el fervor religioso, la mejora de las costumbres, la paz de muchas familias, la felicidad de no pocas.... en fin, un no sé qué religioso, dulce y consolador se apercibe desde que la gran bullidora vive en nuestros corazones, que, a seguir así, como confío, muy luego ha de conocerse en la población y quizá en la comarca. Tal es y tan ardiente el *calorcillo* que ha traído a esta tierra la Heroína de Ávila. – *José María Barbéns*.”

Valencia. - La adjunta, del virtuoso sacerdote y distinguido compositor de música, Rvdo. D. Marcelino Sampere, hoy Vicedirector en la Congregación Teresiana, en la religiosa ciudad de Valencia, explica perfectamente los frutos que se pueden esperar de la Archicofradía Teresiana en aquellos entusiastas corazones.

Dice así:

“Dr. D. Enrique de Ossó, Pbro.

“Muy señor mío de todo mi aprecio: Por fin, la mística Doctora Santa Teresa de Jesús ha triunfado en esta católica ciudad, a pesar de los esfuerzos que Satanás ha puesto en juego con el objeto de que no se inaugurase la Asociación Teresiana. Más de 300 jóvenes han sido las primeras en figurar en primera línea para emprender por su cuenta la propagación, aquí en Valencia, de la devoción a tan santa Madre, gloria y honor de todos los españoles.

“El entusiasmo que ha habido en la inauguración y fiestas dedicadas a María Inmaculada y a Santa Teresa es indescriptible. La pluma no puede estamparlo sobre el papel. Testigos son de él el señor Canónigo Penitenciario y otro sacerdote de esa diócesis. Ellos lo presenciaron todo. Los oradores estuvieron a la altura que las circunstancias reclamaban, haciendo ver al numeroso auditorio que llenaba por completo el templo de San Bartolomé, donde se ha establecido la Asociación Teresiana, que dicha Asociación era un bien inmenso

para el presente y el porvenir. La música de la Misa solemne y función respectiva, ejercitada por un coro de 44 niños, estuvo admirable. Sus voces, acompañadas con el magnífico órgano de la Parroquia, que es el primero de Valencia, parecían de ángeles. En fin, todo estuvo bien, y parece debemos gloriarnos de haber principiado tan felizmente a funcionar la Asociación de las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. ¡Gloria sea dada a Dios Nuestro Señor, a su Madre Santísima y también a la seráfica Doctora!

“Nada más por hoy, Sr. D. Enrique. Reciba V. carísimos afectos del Sr. Presidente y demás individuos de la Junta de la Asociación Teresiana, y cuente V. siempre con el afecto que le profesa su afectísimo seguro servidor y capellán *in corde Iesu*. - *Marcelino Sampere*”.

RETIRO MENSUAL. – Día 13 de julio

VIRTUD. Oración por la conversión de los pobres pecadores.

MÁXIMA. – Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas.
(*Santa Teresa de Jesús*, EXCLAMACIONES).

REFLEXIONES. – Uno de los caracteres que más sobresalen en la Santa de nuestro corazón es sin duda alguna el celo por la salvación de las almas de los pobres pecadores. “No deja de quebrarme el corazón, exclamaba al ver cómo adelantaba la herejía protestante, el ver las almas que se pierden. Mil vidas pondría para salvar una sola alma”. Y la razón es muy evidente. Porque la vida del alma es inmortal; porque más gloria dará a Dios un alma que se salve, que toda la que le han dado y pueden darle todos los justos y santos mientras viven en este mundo, porque ésta es finita y aquélla no tendrá fin. Por eso las almas que tienen fe viva se desviven por trabajar por la salvación de las almas, tienen una pasión por salvar almas, porque ven que es la obra más divina y más del agrado del Señor.

Oremos, pues, y ofrezcamos algunas mortificaciones a este fin, durante este mes consagrado a honrar la sangre de Jesús, y caiga esta sangre divina sobre estas almas, que las purifique y convierta.

RAMILLETE. – Digamos muchas veces con el mismo espíritu de la gran Santa: “Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas”.

GRACIAS

**que se piden a Santa Teresa de Jesús, y se recomiendan
a las oraciones de sus devotos**

La libertad de Pío IX. – El feliz éxito de la romería teresiana. – La Compañía de Santa Teresa de Jesús. – Los misioneros de Pío IX. – La obra de las vocaciones eclesiásticas. - La Archicofradía Teresiana y el Rebañito del Niño Jesús. - Ocho vocaciones religiosas. – La pronta terminación del Palomarcito de la Virgen, en Jesús de Tortosa. – La paz del mundo.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE,
CAUTIVO Y POBRE

<i>Calaceite</i> . – Dos teresianas: por Pío IX, cautivo y pobre	20 rs.
<i>Tarragona</i> . – Una Hija de María y Teresa de Jesús	20 “
<i>Villanueva de la Jara</i> . – Carmelitas Descalzas	35 “
Varios devotos	20 “

<i>Suma</i>	854 rs.